

## HOMENAJE AL PROFESOR TEÓFILO HERNANDO ORTEGA

### Ideas de don Teófilo Hernando sobre la educación médica en general y sobre la fármaco-terapéutica en particular

Antonio García García

*Instituto-Fundación Teófilo Hernando, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España*

#### PALABRAS CLAVE

Teófilo Hernando  
Farmacología básica  
Farmacología Clínica  
Educación médica

**Resumen** Teófilo Hernando fue el adelantado de la farmacología universitaria española, tanto en su vertiente preclínica experimental como en la clínica. Tras su estancia en el laboratorio de Oswald Schmiedeberg, padre de la moderna farmacología, en el Estrasburgo alemán de principios del siglo XX, obtuvo en 1912 la cátedra de Terapéutica, materia médica y arte de recetar de la Universidad Central de Madrid, hoy Complutense. Hernando imprimió al vetusto contenido de su cátedra un giro decisivo, transformándola en la entonces moderna Farmacología Experimental que aprendiera junto a Schmiedeberg (farmacología básica que impartía en tercer curso de Medicina) y en Terapéutica Clínica (la Farmacología Clínica actual, que impartía en sexto curso, cuando los estudiantes ya sabían fisiopatología y clínica de las enfermedades). Teófilo Hernando creó una verdadera escuela de farmacólogos, que luego extenderían sus avanzadas ideas docentes y científico-farmacológicas por las distintas universidades españolas. En este artículo analizo las ideas del profesor Teófilo Hernando sobre la educación médica en general y sobre la farmacológico-terapéutica en particular.

© 2016 Elsevier España, S.L.U. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

#### KEYWORDS

Teófilo Hernando  
Basic pharmacology  
Clinical pharmacology  
Medical education

**A TRIBUTE TO PROFESSOR TEÓFILO HERNANDO ORTEGA**  
**The ideas of Don Teófilo Hernando on medical education in general and on pharmacological therapeutics in particular**

**Summary** Teófilo Hernando was the pioneer of Spanish university pharmacology, both at the preclinical-experimental and clinical levels. Hernando worked in the laboratory of Oswald Schmiedeberg, the father of modern pharmacology, in German Strasbourg at the beginning of the XX century. In 1912 he was promoted to professor of “Terapéutica, Materia Médica y Arte de Recetar” at the Central University of Madrid (actual Complutense University). He conceptually changed the subject to teach the experimental pharmacology he learnt with Schmiedeberg (basic pharmacology in the third course of medical studies) and clinical therapeutics (the actual clinical pharmacology, in the sixth course of the medical curriculum, when students were already

familiar with clinical and physiopathological aspects of disease). Teófilo Hernando build up a true pharmacology School and his distinguished disciples extended his advanced pedagogic and scientific-pharmacological ideas throughout the different Spanish universities. In this article I analyse the ideas of professor Teófilo Hernando on medical education in general and on pharmacological-therapeutic aspects in particular.

© 2016 Elsevier España, S.L.U. This is an open access item distributed under the Creative Commons CC License BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

## Bosquejo curricular

En mayo de 1993, don Pedro Laín Entralgo, impartió la VII Lección Conmemorativa Teófilo Hernando en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, con el título “Teófilo Hernando en la medicina española”. En la primera parte de su magistral conferencia trazó un bosquejo curricular de don Teófilo que vale la pena reproducir:

Ante todo, como diría Stendhal, los datos exactos. Teófilo Hernando nació el 14 de abril de 1881 en Torreadrada (Segovia), hijo de un médico rural. Cursó los estudios de Medicina en el San Carlos de Madrid (1903-1907). Federico Olóriz (Anatomía), Santiago Ramón y Cajal (Histología), Manuel Alonso Sañudo (Clínica Médica) y Alejandro San Martín (Terapéutica) fueron los maestros que sobre él ejercieron mayor influencia. En 1911, pensionado por la entonces naciente Junta para Ampliación de Estudios, trabajó en Estrasburgo junto a Schmiedeberg, “padre de la farmacología moderna” y un año más tarde ganaba la cátedra de Terapéutica, materia médica y arte de recetar de la Facultad de Medicina de Madrid. Desde entonces, su labor y su talento van a concentrarse simultáneamente, con creciente prestigio nacional e internacional, en dos campos: su cátedra a cuyo vetusto contenido había de imprimir un giro decisivo, y su práctica gastroenterológica, en la que pronto sería una de las máximas figuras españolas. Así lo reconoció bien pronto la Real Academia Nacional de Medicina, que en 1919 le eligió como miembro titular.

Tras el advenimiento de la Segunda República fue presidente del Consejo Nacional de Cultura, miembro de la Junta para Ampliación de Estudios, presidente de la Asociación Protectora de los Archivos Catedráticos, del Instituto de Farmacología y Comprobación de Medicamentos y de la Sociedad Española de Historia Natural. Nunca aceptó cargos políticos, aunque le fueron ofrecidos los más altos.

En 1936 se exilia voluntariamente, y desde ese año hasta 1941, fecha de su regreso a España, reside en París. Fue desposeído de su cátedra, a la que no sería reintegrado hasta el día de su jubilación en 1951. Desde 1941 hasta su muerte, su magisterio, por el que mereció el título de “Patriarca de la Medicina Española” (Academia de Medicina de Sevilla, 1969), tuvo como ámbito inmediato todo el territorio nacional y como área de irradiación toda la de nuestra

lengua: las Reales Academias de Medicina de Zaragoza, Sevilla, Valladolid, Madrid, Valencia, y cinco hispanoamericanas le nombraron miembro de honor, la de París le incluyó entre los suyos y multitud de instituciones médicas y científicas le dedicaron homenajes parecidos. Torreadrada, Segovia, Ronda y Madrid tienen calles con su nombre. Rodeado por este cálido halo de admiración, gratitud, respeto y cariño murió el 10 de marzo de 1975.

Don Teófilo Hernando fue un innovador tanto en sus ideas docentes como científico-farmacológicas. Con respecto a las últimas, cabe destacar la creación de una excelente y vasta escuela de farmacólogos. En este artículo comento solo sus ideas sobre educación médica en general y fármaco-terapéuticas en particular.

## Visión de don Teófilo sobre la enseñanza de la Medicina en España

Cuando era presidente del Consejo Nacional de Cultura escribió un detallado informe, que le había solicitado la Sociedad de Naciones (Hernando, 1933), en el que vertía conceptos muy interesantes sobre la necesidad de reformar la enseñanza de la Medicina en España. Las deficiencias de la educación médica del primer tercio del siglo xx las enumeraba así: “1) deficiencia en la enseñanza clínica; 2) falta de personal docente y de medios para la enseñanza; 3) exámenes principalmente memorísticos que no demuestran nada; 4) enorme cantidad de alumnos...”



**Figura 1.** D. Teófilo en sus años 40, en su despacho de catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad Central.

Resulta curioso que ya en 1934 resaltara que una dificultad añadida para la enseñanza de la Medicina era “la enorme extensión de los conocimientos que ha de adquirir el médico”. Don Teófilo sobrevivió a esta frase nada menos que 61 años. Él vivió el enorme progreso de la medicina y la farmacología desde que en los años 30 se descubrieran las sulfamidas (Gerhard Domagk) y la penicilina (Alexander Fleming). Su insaciable curiosidad se reflejó en la construcción de la vasta biblioteca de su madrileña casa de don Ramón de la Cruz, en la que el autor de este artículo recibiera las orientaciones del Maestro para iniciar su carrera farmacológica.

Consciente de la creciente complejidad de la medicina, don Teófilo escribía en 1934: “Por muchos esfuerzos que se hagan para defender al antiguo médico general, que cuidaba todas las enfermedades, agudas y crónicas, médicas y quirúrgicas, de viejos y de niños, asistía a los partos, etc... etc..., no creo que haya quien se encuentre completamente convencido de esta defensa”.

Don Teófilo predijo el advenimiento de las especialidades médicas (él mismo cultivó con acierto las enfermedades del aparato digestivo), el advenimiento de los hospitales (dadas las dificultades de asistir a los pacientes en sus casas) y defendió el desarrollo de una medicina socializada que no debía deteriorar la medicina individual. Decía: “Sospechamos que la medicina individualizada subsistirá por mucho tiempo, quizás siempre, entre otras razones por la influencia personal que cada médico ejerce sobre cada paciente”. Hoy, don Teófilo aplaudiría la existencia de una densa red de hospitales que se extienden por toda la geografía española, pero sentiría sorpresa y tristeza al constatar el deterioro de la relación médico-enfermo y de la conversión del enfermo en un número de historia clínica, gracias al avance imparable de la informática.

En lo que sí acertó fue en su predicción de que el médico general (hoy médico de familia) no debía desaparecer: “El médico total, que tenga un máximo de cultura clínica para que, unas veces diagnostique, alguna trate y siempre oriente al enfermo acerca del sitio en el que crea tenga más probabilidades para encontrar la salud perdida”. Hoy, don Teófilo se congratularía de ver los centros de salud de pueblos y ciudades, en donde se practica la medicina de atención primaria en conexión con el hospital.

Es muy curioso comparar las ideas de educación médica de don Teófilo, expresadas en su ensayo de 1934, con las actuales: los problemas que él diagnosticó persisten hoy. Veámoslos a través de sus propias frases:

- a) “Como dice Ortega y Gasset, en la Universidad es imposible que el alumno aprenda todo lo que se pretende enseñarle; constituyendo el plan ideal, el de enseñarle aquello que pueda aprender”.
- b) “En general, no se hace cada año otra cosa que aumentar el número de enseñanzas y cada profesor esforzarse en exponer su disciplina con la mayor amplitud posible, entrando en todos los detalles”.
- c) “Creemos que no debe recargarse al alumno con datos, muchas veces inútiles”.
- d) “El profesor debe dirigir sus enseñanzas no a los superdotados, sino a la mayoría de capacidad media, pero en condiciones de adquirir los conocimientos necesarios para el ejercicio profesional”.

e) “La investigación puede considerarse como una especialidad, de la que el médico práctico puede tener nociones, como de otras especialidades. Esto no significa que se los deba hacer a todos investigadores, que sería tan absurdo como hacerles a todos oftalmólogos o radiólogos”.

f) “Es inútil y hasta perjudicial, que se haga aprender a todos los alumnos los centenares de hipnóticos, antitérmicos-analgésicos, anestésicos locales, antisépticos, etcétera, que se encuentran en el comercio. Se les darán las nociones generales de estos grupos de medicamentos y después la manera de emplear algunos de los más importantes señalando la existencia de los otros. Lo mismo digo de las técnicas quirúrgicas, las mil teorías patogénicas de las enfermedades...”.

Pero don Teófilo, tras expresar estas ideas, tan actuales 73 años después, ahora en 2015, puntualiza:

Esto no significa que yo crea que la enseñanza de la Medicina ha de quedar reducida a una serie de esquemas que dé a los alumnos la sensación de que se trata de una cuestión terminada. El maestro, además de enseñar todo aquello de utilidad inmediata, debe tener la habilidad suficiente para sembrar inquietudes en sus discípulos, señalándoles las dudas, lo que se desconoce y las posibles orientaciones en diversos aspectos de la Medicina.

Es interesante resaltar un último apunte sobre el contenido y enfoque de las enseñanzas médicas, relacionado con la formación cultural del médico. Don Teófilo, cuando define los objetivos de la universidad, se refiere a su doble misión de “formar profesionales y preparar investigadores”. Pero luego cita a Ortega y Gasset y añade el objetivo de la transmisión de la cultura. Don Teófilo expresa con claridad meridiana esta idea: “El médico tiene que ser además un hombre culto, es decir, debe tener un cierto conocimiento de los problemas más importantes de su tiempo”. Y añade: “Es difícil conocer una disciplina aislada, siendo necesaria una cultura histórica y científica que permita situarla en el espacio y en el tiempo”.

Don Teófilo fue un firme defensor del aprendizaje práctico, dificultado en su época por la masificación de los alumnos y la escasez de hospitales. Resulta curioso que don Teófilo reclamara el uso de todos los hospitales disponibles para la docencia, y no solo los hospitales clínicos. Visto con la óptica de hoy, don Teófilo fue un clarividente, ya que hoy muchos buenos hospitales de la Seguridad Social son universitarios y se dedican a la docencia pregraduada. Fue un adelantado de las enseñanzas que hoy se practican, pues ya las preconizó en su informe para la Sociedad de Naciones de 1934: “No cabe duda que el mejor procedimiento es el internado: es el modo de que el estudiante viva constantemente cerca del enfermo y siga las incidencias de la enfermedad”. Preconizó la realización de guardias periódicas y de estancias breves durante semanas, en los distintos servicios, lo que denominamos rotaciones clínicas por las distintas especialidades de los alumnos de cursos clínicos de Medicina. También sugirió el internado obligatorio durante 1 año, al finalizar la licenciatura de 6 años, un germen del MIR actual.

Finalmente, termina su estudio con una frase que todavía hoy está vigente y tiene gran calado:

Somos decididos partidarios de la autonomía universitaria. Alguien ha temido por la vida de las Universidades al concederlas autonomía. Creo fundamentalmente que si la Universidad no es capaz de vivir autónomamente es preferible que muera. Siempre será mejor lo que luego salga de los escombros que lo que pueda sobrevivir artificialmente si la Universidad no tiene capacidad vital para organizarse por sí misma.

### De la Terapéutica, materia médica y arte de recetar a la Farmacología Experimental y la Farmacología Clínica

Oswald Schmiedeberg está considerado, con razón, como el “padre” de la farmacología científica. Quizás fue Rudolf Buchheim quien en su casero laboratorio de Dorpat atisbara la necesidad de separar la farmacología de la fisiología, con sus propios métodos experimentales y analíticos. Pero fue el laboratorio de Schmiedeberg el que se convirtió en centro de peregrinación para muchos jóvenes científicos de todo el mundo que deseaban aprender la nueva ciencia farmacológica, a finales del siglo XIX y principios del XX. Don Teófilo fue uno de esos adelantados que estuvo junto al doctor Schmiedeberg en 1911. Sus enseñanzas le dejaron huella imperecedera.

Tenía aún fresca su estancia en Estrasburgo y en otros centros universitarios alemanes cuando, en 1912, ganara don Teófilo la cátedra de Terapéutica, materia médica y arte de recetar, en la Facultad de Medicina de la madrileña Universidad Central.

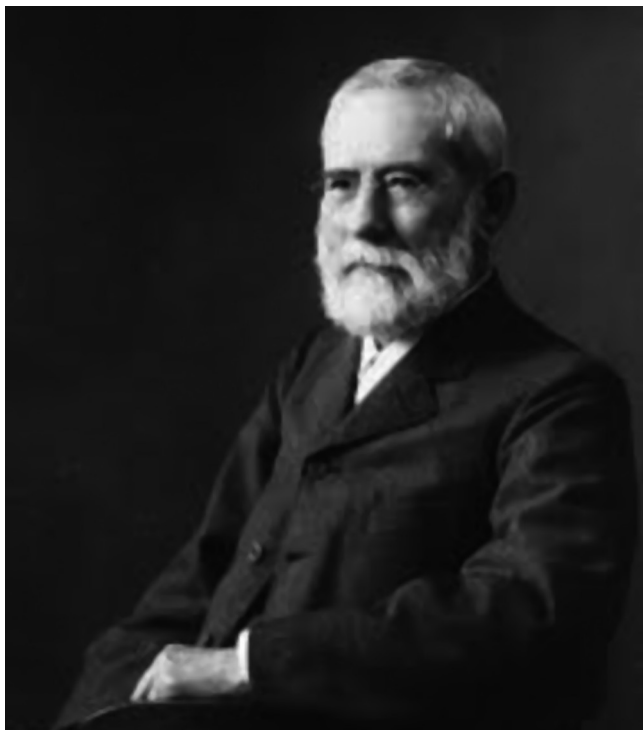


Figura 2. Oswald Schmiedeberg, el padre de la moderna Farmacología.

Don Teófilo contaba solo con 30 años de edad cuando decidió sacar su vetusta cátedra del ostracismo, en dos vertientes fundamentales para él: la científica y la docente. Nada mejor que sus propias palabras para conocer de primera mano sus ideas docentes en torno al contenido de su cátedra de Terapéutica, materia médica y arte de recetar, cuyo enfoque cambió por completo, desdoblándola en dos materias, la de Farmacología Experimental en tercer curso y la Terapéutica Clínica (hoy Farmacología Clínica) en sexto curso de la licenciatura de Medicina.

En el prólogo de la primera edición de 1930 del texto *Terapéutica y farmacología experimental*, del profesor Lorenzo Velázquez (Hernando, 1930), don Teófilo insiste en el hecho poco práctico de que la Terapéutica se estudie en tercer curso, cuando “los alumnos no tienen ninguna preparación clínica y por tanto no es posible que se den cuenta de las indicaciones de los remedios en enfermedades que no conocen ni de nombre. Por ello, — continúa, — hemos trabajado y por fin se ha conseguido, que haya dos cursos de Terapéutica. El curso dedicado a los remedios, sus propiedades y su acción en el organismo: estudio que debe ir inmediatamente después de la Fisiología para que esta le sirva de base, y a su vez, la Farmacología Experimental constituya un complemento y una ampliación de la misma Fisiología. Finalmente, en el último curso, cuando ya los estudiantes tengan conocimientos de Farmacología y de Clínica Médica, se estudiará la Clínica Terapéutica, que naturalmente será una clínica médica más”.

Del escaso desarrollo de la terapéutica en el primer tercio del siglo XX se hace eco también don Teófilo, que lo achaca al hecho de que los médicos de la época niegan la utilidad de la mayoría de los remedios. Don Teófilo defendía muchos de esos remedios, pero él tuvo el privilegio de ser testigo excepcional del enorme progreso de la terapéutica farmacológica. No hay más que comparar los contenidos de la primera edición del llamado *Goodman y Gilman. Las bases farmacológicas de la terapéutica*, que apareció en 1940, y la quinta edición de 1975, justo el año en que falleció don Teófilo. De que don Teófilo siguió de cerca el enorme progreso de la farmacología en este periodo (antibióterapia, quimioterapia, antihipertensivos, diuréticos, psicofármacos) dan buena fe sus numerosos trabajos sobre distintos grupos farmacológicos. De los muchos temas sobre los que escribió, resulta particularmente atractiva su monografía *Psicofarmacología y remedios atarácticos*, escrita en 1958, cuando este campo fármaco-terapéutico tan importante comenzara a desarrollarse, como lo atestigua la cuidadosa selección bibliográfica que contiene (Hernando, 1958).

Don Teófilo abundó en estas ideas muchos años después, en una comunicación que hizo en 1974 a la Real Academia Nacional de Medicina. En esa fecha, un año antes de morir, confesaba ante los académicos: “Siempre he vivido interesado por la farmacología, pero fue causa de mi máxima preocupación desde el día en el que, hace ahora justamente 62 años, se me confió la enseñanza de la entonces denominada Terapéutica, materia médica y arte de recetar”.

La importancia que don Teófilo confería a la enseñanza de la farmacología la basó en una frase contundente: “Constituye la razón de la existencia del médico, cuya misión, final y delicada, después de explorar minuciosamente al enfermo, es aconsejarle el remedio o los remedios adecuados. Todo consejo es un fármaco: desde el antibiótico que cura o el



analgésico que alivia, hasta la palabra, no solo capaz de aliviar y curar, sino incluso de producir una reacción adversa por un mecanismo semejante al de cualquier medicamento”.

Insistía don Teófilo en que no se podía enseñar toda la farmacología en tercer curso, ya que el alumno no tenía la preparación clínica suficiente para comprender las indicaciones y pautas terapéuticas de los medicamentos. Esta visión se remonta a 1919, cuando don Teófilo acudió con un amigo fisiólogo al Ministerio de Instrucción Pública y expuso su aspiración de crear una clínica terapéutica en la Universidad Central de Madrid, aspiración que cristalizó en una Real Orden de 5 de noviembre (Gaceta del 13 de diciembre de 1919).

Desde 1920, por primera vez en la universidad española, don Teófilo enseñaba Farmacología General y Experimental a los alumnos de tercer curso, y la Clínica Terapéutica, después Farmacología Clínica, en el último curso de la carrera de Medicina. En su ponencia de 1974, don Teófilo matiza que antes de 1920 no había existido una enseñanza oficial de la Farmacología Clínica, ni en España ni en las universidades de otros países. Don Teófilo apunta: “Es más, en el informe publicado por la OMS en 1970, se leen palabras semejantes, si no son idénticas, a las empleadas por mí en 1919 y también a las siguientes, que escribí en 1930: «Se dirá que en las clínicas médicas se estudian también los tratamientos, pero sin que constituya una crítica para los profesores de clínica; la verdad es que tratan con minucia todo lo que precede, pero salvo algunas excepciones, al llegar al tratamiento se limitan a decir: ‘a este enfermo...digital, yoduros, codeína, un hipnótico’, dejando al interno últimamente llegado ponga una fórmula, ya tradicional en cada clínica, que pronto aprende el personal adscrito a ella.» La OMS, en su informe 446 de 1970, dice algo muy parecido: “La Farmacología Fundamental suele enseñarse como disciplina preclínica. Es indudable su valor científico y educativo, pero no puede enseñarse debidamente el empleo terapéutico de los medicamentos a un estudiante que todavía no posee conocimientos sobre las enfermedades ni sobre los efectos de los preparados farmacéuticos. En cambio, en muchas facultades de medicina, durante los estudios clínicos, apenas oye hablar el estudiante de la utilización terapéutica de los medicamentos, si se exceptúan quizá algunas observaciones incidentales al terminar la visita a una sala o en la presentación de enfermos”.

Don Teófilo desgrana en su ponencia las funciones de la farmacología clínica, las limitaciones de la extrapolación de datos de laboratorio al enfermo, los descubrimientos de nuevos medicamentos realizados en centros de investigación pero, mayoritariamente, en la industria farmacéutica, los ensayos clínicos, y habla, incluso, de la farmacogenética y de una farmacología individualizada. Finaliza don Teófilo su ponencia de 1970 de la Real Academia Nacional de Medicina, expresando un deseo que todavía hoy, 37 años después, se ha cumplido muy parcialmente: “Dada la importancia de la Farmacología Clínica, docente y científicamente, creemos en la necesidad de la existencia de un equipo farmacológico clínico y experimental completo en los grandes hospitales”.

## El médico

La clarividente visión de don Teófilo sobre la enseñanza de la Farmacología en tercero y sexto cursos fue fruto de su vasta

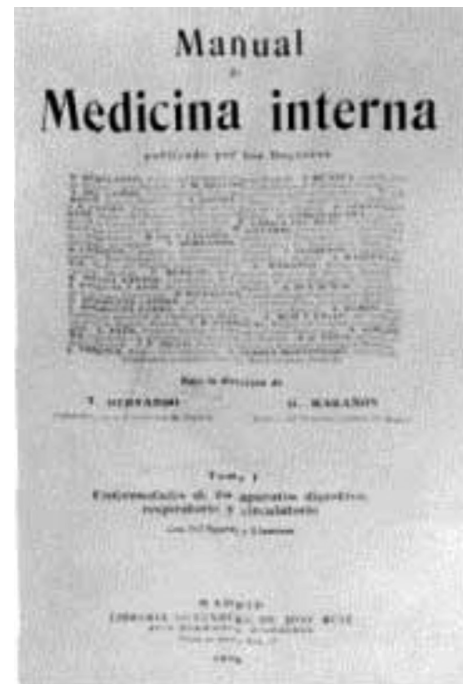


Figura 3. Manual de Medicina Interna Hernando-Marañón.

experiencia clínica, que desarrolló en el campo de la gastroenterología. Resulta curioso que en las décadas intermedias del siglo xx desapareciera del currículum médico docente la Terapéutica Clínica de sexto curso, que, afortunadamente, se introdujo de nuevo en las postrimerías del siglo xx con el nombre de Farmacología Clínica, que se imparte en sexto curso.

Los médicos mayores recuerdan todavía el *Hernando-Marañón*, un manual de medicina interna que los dos fraternales amigos dirigieran desde el año 1915. Durante varios lustros, esta obra ofreció a los médicos españoles e hispanoamericanos una información didáctica compuesta por autores españoles, a la altura de lo que entonces era la medicina europea. El propio Hernando redactó, entre otros, los capítulos consagrados a las enfermedades del esófago y del estómago.

Don Pedro Laín Entralgo comentó en su Lección Conmemorativa Teófilo Hernando antes aludida, la alta significación histórica de este manual:

Desde 1605, año en que empezó la publicación de la Opera Omnia de Luis Mercado, nunca los médicos españoles habían podido formarse al día en medicina interna leyendo un tratado exclusivamente escrito por maestros también españoles.

Don Teófilo escribió otros libros, como por ejemplo el que introdujo en España los fundamentos de la quimioterapia moderna, y que se llamó *La quimioterapia de Ehrlich: fundamentos y aplicaciones*<sup>7</sup>.

## El profesor y el maestro

Don Teófilo tuvo maestros envidiables (Cajal, Olóriz, Sañudo, San Martín). Al lado de esas grandes, pero a la fuerza

episódicas, influencias, la formación de Hernando se basó en sus lecturas de todos los días, en su don de improvisación ante los escasos medios, en sus lecciones, en las que, como verdadero maestro, tanto como enseñaba, aprendía, en el trato con sus amigos y con todo lo que la vida da a quien sabe pedírselo desinteresadamente.

De este modo se hizo Hernando un gran maestro en plena juventud. En un cuarto de siglo de docencia en Terapéutica y Farmacología, llenó don Teófilo las ciudades y los pueblos de España de médicos aptos para el acto médico más difícil, que es recetar con exactitud y con prudencia. De su laboratorio salieron una pléyade de discípulos que extendieron la farmacología docente y científica dentro y fuera de España.

Don Carlos Jiménez Díaz comentaba lo siguiente, a propósito del magisterio de don Teófilo<sup>8</sup>:

De un profesor importa menos lo que enseña que lo que pueda influir inquietando o sirviendo de ejemplo. A los estudiantes de mi época nos tocaron casi siempre catedráticos viejos; cuando acudimos a la primera clase de Terapéutica y conocimos a Hernando nos quedamos llenos de sorpresa. Era un hombre joven, simpático, de expresión graciosa, que acertó a decirnos una serie de cosas que nosotros pensábamos constantemente, pero que creíamos que no se podrían decir y menos que pudiera decir las un catedrático. Poco a poco la simpatía se fue acompañando de un progresivo sentimiento de respeto, de un res-



Figura 4. D. Teófilo cercano a cumplir los 80 años.

peto de otra clase que el que teníamos a otros catedráticos. Respetábamos en él al hombre inteligente, ingenioso, justo e inquieto, culto y estudioso, familiarizado con la bibliografía internacional y de un tono a la par sencillo y elevado. Así se fue realizando el fenómeno de una influencia colectiva, que considero está reservada a los auténticos maestros; el hombre que suscita imitaciones es el que tiene mayor originalidad.

## La personalidad de don Teófilo

En la Lección Conmemorativa Teófilo Hernando citada anteriormente, don Pedro Laín Entralgo retrató así la personalidad de don Teófilo<sup>1</sup>:

Su clarividencia mental, su curiosidad intelectual siempre despierta, su total carencia de cuanto oliese a engolamiento y pedantería, el ingenio y gracejo de su conversación y su magisterio, y bajo todo ello el severo compromiso ético con la vida del enfermo al que atendía, la cordial disposición para cualquier causa noble, el liberalismo de la más fina ley.

Don Gregorio Marañón escribió de él:

Acaso lo mejor de su biografía sería siempre lo que yo puedo añadir a ella, porque lo he aprendido a su lado: que Hernando es raro ejemplo de esos seres humanos que poseen la virtud de alegrarse del bien de los demás, y el mal que les hacen perdonarlo con la misma rapidez con que respiran. De estos liberales hombres quisiera ver poblada España.

Algunos grandes escritores retrataron a don Teófilo con su pluma certera. Por ejemplo, el inmortal don Juan Ramón Jiménez, que recibió el Premio Nobel de Literatura por sus conversaciones con su universal Platero, retrató así a don Teófilo:

Para mí la medida más alta de un hombre, está en su capacidad de salvar, salvar un sello de correos, una palabra buena, una hoja seca. Teófilo Hernando es de los que salvan. Ama y guarda todo, lo mayor y lo menor, con delectación de niño ávido, no en balde él cree, científico, en todo, desde la influencia de los astros, hasta la última hipótesis juvenil. Esta inquietud ansiosa le da su aspecto simpático de chico travieso, de buen chico pillastre, pálida, rosada cara risueña y seguridad de captación y entre bromas y veras, derrama luego así el tesoro de su experiencia y de su ciencia captada entre libros, de los que es tan enamorado, o en su no menor amor de la naturaleza plena.

Azorín (José Martínez Ruiz), el escritor de prosa sutil nacido en Monóvar (Alicante), hablaba con frecuencia en sus novelas de dos médicos escondidos tras los nombres de doctor Facundo Irala (don Teófilo Hernando) y del doctor Demetrio García de Rodas (don Gregorio Marañón). En una de sus novelas retrató así a don Teófilo:

El doctor Facundo Irala es nervioso, vivaz en sus ademanes, va captando diríamos por grados la realidad, se ve que de un pormenor pasa a otro y de éste a un tercero y así entre aparentes titubeos, entre tanteos, apenas iniciados, llega a un juicio exacto irreprochable, con la mano derecha según su ademán habitual se rasca ligeramente la sien.

Pero quizás el mejor retrato de la personalidad de don Teófilo salió de su propia pluma, en un opúsculo suyo publicado en homenaje a don Gregorio a los seis años de su muerte y que lleva por título *Marañón y la tolerancia*. Escribía don Teófilo:

La tolerancia, según el diccionario, consiste en el respeto y consideración hacia las opiniones ajenas, aunque sea con dolor, ya que tolerar significa también sufrir y llevar con paciencia... No es fácil la situación íntima del hombre liberal, tolerante. En presencia de grupos de ideas encontradas ve en todas la parte de verdad y de error que defienden. No se decide por el uno ni por el otro y al adoptar una actitud intermedia generalmente corre el peligro de perder por los dos lados. Sin embargo, lo justo suele ser tomar esta actitud intermedia que significa ponderación, equilibrio de lo que solo es capaz el hombre liberal y generoso.

## Bibliografía general

Goodman LS, Gilman A. The pharmacological basis of therapeutics. New York: Macmillan Publishing Co.; 1940.  
Hernando T. Prólogo. En: Lorenzo Velázquez B. Terapéutica y Farmacología Experimental. Madrid: pro Tip. De Senén Martín Díaz; 1930. p. v-viii.

Hernando T. La enseñanza de la medicina en España. Consejo Nacional de Cultura del Gobierno de España. Las ideas de don Teófilo se recogieron en el informe que el doctor Burnet publicara en el "Bulletin Trimestriel de l'Organisation d'Hygiene de la Société des Nations". 1933;vol. II.  
Hernando T. Cajal el hombre. Revista IBYS. 1952;X:99-108.  
Hernando T. Psicofarmacología y remedios atarácnicos. Madrid: Instituto IBYS; 1958.  
Hernando T. El comienzo de la farmacología clínica y su misión. Madrid: Anales de la Real Academia Nacional de Medicina. 1974; 91, cuaderno tercero.  
Hernando T, Marañón G. Manual de Medicina Interna, 3 tomos. Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz;1915-1921.  
Jiménez Díaz C. Don Teófilo, catedrático visto por un alumno. En: V.V.A.A. Homenaje ofrecido al profesor Dr. Teófilo Hernando por sus amigos y discípulos. Madrid: Hernando; 1952. p. 13-6.  
Lain Entralgo P. Teófilo Hernando. En: Hernando T. Dos estudios históricos (vieja y nueva medicina). Madrid: España-Calpe; 1982. p. 9-13.  
Pérez-Sacristán EM. La Escuela de Farmacología de Madrid: de D. Teófilo Hernando al Instituto de I+D del Medicamento de la Universidad Autónoma de Madrid. Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid; 2013.  
Rodríguez Arias B. Discurso de contestación del doctor Belarmino Rodríguez Arias al discurso de recepción de don Teófilo como Académico de Honor de la Real Academia de Medicina de Barcelona. Barcelona, 1 de julio de 1973.  
Sánchez García P. Don Teófilo Hernando. Actualidad Farmacol. Terap. (AFT). 2003;1:8-9.  
Vega Díaz F. [Conferencia]. En: Asociación de Especialidades Médicas. Homenaje en memoria del profesor Teófilo Hernando Ortega; 1976. p. 21-32.